

El relato de las naranjas rojas

por Fernando Helguera

I

Ese cielo de contrastes y desatinados espesores era el cobertor de los hechos que tenían lugar esa tarde de época de lluvias; el aroma de los naranjos del jardín servía de colchón. Quizás ésa era la razón de su ilógico devenir. Maura, al aire libre, cubriendo su desnudez con un camisón semitransparente, gritaba con desesperación llamando a su hombre; el desconocido que sólo ella conocía; decían que ni siquiera ella sabía quién era, de tan loca que estaba. Por el contrario, Maura aseguraba que él había partido dejando la promesa de su regreso y la súplica de ser esperado, sin importar el tiempo que tardara.

La madre de Maura había muerto pocos años antes, convencida también de que a su hija le faltaba algo más que un solo tornillo. Por más que había intentado sacarla del encierro en la casa donde vivían, aunque fuera para dar un paseo por la plaza, la obstinada Maura se aferraba a sus espacios. Todo había comenzado el día en que le llegó su primer periodo. Fue en segundo de secundaria cuando la sorpresa de desangrarse sin remedio la llevó a abandonar la escuela; sus amistades no la volvieron a ver; el mundo se le había fugado por la vagina.

Vivían las dos solas en una casa grande con varias habitaciones vacías, que permanecían cerradas para evitar su limpieza frecuente y no servían para otro fin que guardar muebles deprimidos por su abandono. Su madre recibía visitas con no poca frecuencia, entre las que se encontraban amistades, parientes, acreedores, vendedores por catálogo, personal de limpieza y mantenimiento, y, por supuesto, algunos amantes de ambos sexos; me refiero a

que la señora gustaba tanto de hombres como de mujeres, no a que recibiera amantes hermafroditas. Cada visita llegaba a la hora correspondiente dentro de las veinticuatro horas que comprendían cada uno de sus días, de forma que no se cruzaban unos con otros, a menos que fuera totalmente intencional. Ningún visitante cumplía dobles funciones, por asuntos de orden reticular en el que cada casilla estaba delimitada con perfección.

Dentro de ese mismo orden, que Maura había comprendido y practicado desde pequeña, estaba el momento en que bajaba de su habitación, la única del tercer piso, el ático; sólo se encontraba con las visitas que le correspondía; verbigracia, bajaba cuando había amigos y parientes, pero no cuando hubiera amantes en función. Los rumores, gemidos, e incluso gritos que producían estos últimos, no la molestaban; agradecía que su madre fuera silenciosa porque eso sí que la hubiera incomodado, como a cualquier hijo perteneciente a una familia tradicional y de aparente solidez moral.

Cuando se aparecía, era bajo los protocolos que la educación manda, saludando con corrección; jamás de otra forma más que dando su mano tímida, blanda y tibia. Sabía que esto desagradaba un poco a los demás, pero no le importaba; era su forma de dar la mano porque le parecía de mal gusto imprimir la más mínima fuerza en el contacto. Preguntaba por el estado de salud de la persona y de sus allegados no presentes, ofrecía algo de beber o comer, y sólo entonces se sentaba un rato a charlar.

Preguntar por el mundo exterior era su actividad preferida: cómo se desarrollaban la ciencia y la tecnología; temas filosóficos, políticos, sociales; también le gustaban los temas relacionados con lo sobrenatural, pero de ellos no hablaba si no era con dos o tres personas de su mayor confianza, porque se daba cuenta de que hablar de lo desconocido era inquietante para la gente en general; también para su madre... En fin, sus temas estaban por completo fuera

de lo común para una chica de su edad, quien debería estar preparándose para encontrar un flamante prometido y formar, lo que se daba por llamar, una buena familia.

A las personas del aseo y el mantenimiento las evitaba de forma intransigente, buscando cómo escabullirse para evitar cualquier tipo de encuentro. Se dice que ni una sola vez tuvieron contacto con ella en todos esos años, por lo que a veces dudaban de si habría “una hija” de la señora en la realidad. Por más que la gente del pueblo que las conocía hablara de ellas, al personal de servicio le gustaba crear rumores sobre la inexistencia de la chica. Ya que Maura hacía el aseo de su recámara, siempre que el personal subía la encontraban en orden; muebles y objetos en el lugar exacto donde siempre estaban. La habitación de una persona cambia respecto a su edad: la decoración, los colores, los muebles... Este no era el caso. Los años pasaban y el ático era inmutable.

Maura creció de forma extraña. Su madre sabía que, en las noches, a partir de que cumplió dieciocho años, salía a dar paseos alrededor de la casa sin traspasar los linderos del terreno, que contaba con casi dos mil metros cuadrados de jardín. Esperaba a que fuera tarde y se escuchara el silencio de su madre, todas las noches, a excepción de aquéllas en las que hubiera alguna visita en casa. No importaban el clima o la época del año, y la señora no tenía inconveniente en ello; por el contrario, vivía con la esperanza de que estos paseos fueran el preámbulo de excursiones fuera de la propiedad; tenía la esperanza de que Maura acabaría haciendo una vida completa y normal en el mundo. Cuando menos en el pueblo.

En veinte años, ya pasada su época de juventud, nunca aceptó las invitaciones a salir hechas por su madre, o por cualquiera de los cada vez menos frecuentes visitantes. No hay duda “¡algo está mal con esta chica!”. Para ese

entonces faltaban pocos días para celebrar su trigésimo quinto cumpleaños y Maura seguía siendo una mujer en exceso atractiva. Su rostro era bellísimo; su cuerpo, aún firme y con curvas que harían enloquecer a cualquier hombre; su porte mostraba total templanza en un marco sutil de sensualidad. No había forma de explicar que no quisiera mostrarse ante la sociedad.

Para Maura, que no estaba atenta a lo que ocurría fuera de su casa, fue una sorpresa el eclipse total de luna que coronaba esa noche; jamás había visto un eclipse tan nítido, que mostrara una luna llena que desaparecía por completo tras la sombra proyectada por la Tierra. Aseguró, a partir de aquella noche, que había sido visitada en su habitación por un hombre poco mayor que ella; había entrado por la ventana, lo que a vivas luces resultaba imposible sin una escalera apropiada, pues dicha apertura en el muro del ático remataba un muro liso sin otra singularidad que ésa. Cualquier rama de árbol cercana estaría a no menos de cuatro o cinco metros de la ventana, y el techo de dos aguas era sin duda inalcanzable para alguien que no hubiera primero recibido la ayuda de la madre de Maura para subir a él por el cubo de las escaleras de servicio. Si alguien colocara una escalera en la fachada, sería visto desde la calle, desde la propiedad vecina, o por las mismas propietarias de la casa.

Sufría mucho por el hecho de que su madre no creyera sobre la existencia de este hombre hermoso y educado que la visitaba con periodicidad. La señora no podía negar que, a partir de aquella noche de eclipse comenzaron a suceder cosas curiosas; sentía frío siempre media hora antes de la media noche, sin importar que fuera una noche calurosa ni que llevara abrigo suficiente. Los sonidos del viento atravesando las hojas y ramas de los naranjos le producían escalofríos iguales a los provocados por un gis rechinando en un pizarrón.

En esos momentos sentía el impulso de llamar a su vecino que, si bien lo había cargado cuando era bebé, y ella con poco menos que la mayoría de edad,

nunca había sido una persona de su especial confianza o predilección. Todos eran detalles nimios, pero que no podían pasarse por alto debido a que, antes del eclipse, nunca habían sucedido. En ocasiones, Maura se descontrolaba tanto por la falta de confianza de su madre en lo que le decía que volaban objetos, y hasta muebles, contra las paredes.

En pro de la conservación de sus bienes materiales, y de evitar un verdadero desequilibrio en la mente de Maura, su madre decidió seguirle la corriente. “Su nombre, ya lo sabes, es un secreto”, le respondía su hija cada vez que ella preguntaba. “No puede ser revelado, bajo amenaza de nunca regresar a verme”. Era evidente que Maura amaba a este hombre imaginario e incluso decía que la había hecho mujer. Su eterna preocupación por desangrarse mes a mes había cambiado: ahora le traía tranquilidad porque ello significaba que no estaba embarazada todavía; su mayor deseo era tener un hijo con ese amante de otra dimensión. Según decía, él también estaba locamente enamorado, perdido por su amor.

Los secretos se esparcen con rapidez, así que la gente del pueblo, conocidos y desconocidos, para ese entonces estaba al tanto de todo detalle acerca de la vida de Maura; hablaban de ella en el café, en las reuniones sociales, al cruzarse por la calle; era el tema de moda. Aunque no saliera de la propiedad, Maura estaba presente en casi todos los lugares del pueblo (en la iglesia no, pues estaba prohibido hablar de la mujer endemoniada), incluso visitaba pueblos cercanos y lejanos por medio de las habladorías.

En temporada de vacaciones, los chiquillos iban a pasar las tardes frente a la casona, sentándose en la acera opuesta, esperando a que la loca se asomara por alguna de las ventanas. Regresaban a sus casas decepcionados. En ocasiones alguno aseguraba haberla visto, pues la imaginación del ser humano se

desarrolla desde la primera existencia, para hacerlo ver lo que sus deseos mandan, y no lo que está frente a sus ojos.

Pasó más tiempo y Maura se convirtió en una mujer madura, siempre bella, mientras que su madre llegó a la vejez. Un día, viéndose al espejo en la mañana, se hizo consciente de que no le quedaba mucho tiempo. Elaboró un meticuloso testamento en el que indicaba cómo deberían administrarse los vastos bienes materiales al momento de su muerte, como protección para la supervivencia de su hija, pues no consideraba que ella pudiera valerse por sí misma.

No es de poca importancia el hecho de que las únicas dos razones por las que alguien pudiera considerar loca a Maura fuera, primero, su forma de asegurar la existencia de un amante con décadas de inexistencia aparente y, segundo, su encierro de toda la vida. Fuera de lo anterior, era una mujer que mostraba una total congruencia de pensamiento, conocimiento de lo que era el mundo exterior y manejo de las situaciones prácticas que requiere el mantenimiento de una casa y de la propia persona. Además, era fuerte y ágil, como si no hubiera pasado de los veinticinco años. Su madre, de todos modos, la consideraba incapaz.

Quizás lo que más inquietaba a la vieja, y lo había hecho durante todos esos años, era que no había evidencia de que su hija sostuviera actividades recreativas, didácticas o de ninguna índole. No había libros en su cuarto, ni rastro de que hubiera leído uno solo de los que había en casa; materiales para artes plásticas, inexistentes; juegos de mesa que brillaban por su ausencia; instrumentos musicales que nunca sonaron ni fueron vistos; meses, años, lustros, décadas de inactividad que, de alguna forma, habían hecho de Maura una mujer culta e instruida en los más variados temas.

Si alguien se hubiera dado a la tarea de observar, analizar y describir la personalidad de Maura, hubiera fracasado como literato, profesional de la psicología o periodista; era una mujer normal si se comparaba con la mitad de las mujeres del pueblo, quienes relataban fantasías más exageradas que la de un hombre que las visita, y mostraban manías mucho más peligrosas que la de quedarse encerradas en casa. Finalmente, dentro de la anormalidad de los hechos, no había más que un hombre envidiable (aunque inexistente) y una mujer que le es fiel y se dedica cien por ciento a su hogar. ¿Qué podría haber de malo en ello? a no ser por las habladurías de la gente metiche a quien no le llena su propia vida y tiene que inmiscuirse en la de los demás.

Una noche Maura bajó al cuarto de su madre, despavorida y desesperada, hasta postrarse a los pies de su cama. Sin importarle encontrarla muy enferma y desfalleciente, se enfocó en contarle que su amado acababa de partir sin decirle cuándo regresaría. Aun cuando había dejado la promesa e instrucciones de siempre, esta vez no podía sentirse segura de su retorno. ¿Y si se encontraba con una mujer más joven y bella?, ¿o con algún acontecimiento que le impidiera cumplir su compromiso? Lloraba inconsolable y en ese momento su madre, afligida y sin poder hacer nada para remediarlo, tuvo a bien morir; Maura se dio cuenta de su muerte hasta la mañana siguiente, cuando despertó ahí mismo acurrucada junto a la base de la cama.

El velorio fue orquestado por el vecino, quien ya era conocedor de su última voluntad y había aceptado ser el testamentario. Mucha gente acudió al acto luctuoso, más por curiosidad, morbo y los bocadillos, que por cariño a la difunta. Al llegar las visitas se encontraban con un féretro abierto que contenía el cuerpo de una anciana con apariencia tranquila, pero no había a quién darle el pésame.

Mucho tiempo hacía de la última vez que Maura había bajado para convivir con las visitas, y algunas de esas personas ya habían muerto también. Los amantes de ambos sexos habían desaparecido hacía décadas. También había pasado mucho tiempo desde que el último de sus óvulos abandonara su organismo.

Cualquiera diría que el vecino había aceptado ser el albacea por la relación con sus vecinas, o quizás con la intención de emparejarse con Maura, que siempre le había gustado; no era así. Tenía la oculta ambición de poseer los naranjos del jardín, tan espléndidos y a los que nunca había logrado igualar por más que dedicara años al trabajo de sus propios naranjos, al otro lado de la cerca. Tenía la sólida esperanza de que Maura, en su locura, moriría primero que él y entonces podría quedarse con todos esos árboles aromáticos y hermosos que franqueaban el lindero norte de la propiedad.

Los paseos de Maura cambiaron, pero no en cuanto a su recorrido; ahora gritaba todas las noches llamando a su amado sin decir su nombre. Lo buscaba incansable hasta el crepúsculo de la mañana, momento en que, derrotada, regresaba al interior de la casa. Dormía todo el día y apenas se alimentaba con lo necesario para no morir de inanición. Sus búsquedas nocturnas eran de una disciplina militar; la lluvia torrencial, la atmósfera casi helada o su enfermedad respiratoria crónica, todo era inútil para detenerla en su empeño. La debilidad que le producía la ausencia de su amado se convirtió también en la materia prima de la existencia de Maura.

Ahora sí había más de un motivo para asegurar la demencia monumental de esa mujer, que salía siempre en el mismo camisón semitransparente a recorrer la noche entre gritos desgarradores. El llanto mezclado con furia, el dolor atronador, la sangre menstrual que aún la torturaba, aunque ahora sólo en su mente; todo lo que podía conformar un paisaje desolado y de tristeza infinita.

En su jardín todo eran ramas secas y polvo, a excepción de los naranjos, que se mantenían coloridos y llenos de vida. Ella, loca de remate. Pérdida total.

Se reanudaron las visitas de la gente del pueblo, y ahora también de gente de fuera; de niños, pero también de adultos, que iban a sentarse en la acera de enfrente para presenciar el espectáculo macabro de la mujer semidesnuda que caminaba por las noches, desesperada. Como era de esperarse, disfrutaban del morbo al ver el dolor ajeno y se sentían afortunados de no estar en sus zapatos (no se percataban de que ella caminaba siempre descalza). Les erizaba la piel esa visión y el sonido de la mujer despeinada y de garganta aguda, estridente hasta la locura; representación viva y casi muerta de todos los miedos que ellos, en su interior, hubieran hecho crecer. Pero estas visitas no duraron demasiado tiempo, pues, por mucho morbo que guarde el humano en su más putrefacto interior, no hay corazón suficiente para observar el sufrimiento de Maura, permanecer.

El vecino, fiel a su compromiso y su codicia, siguió velando por que a Maura no le faltara cosa alguna. El tiempo pasó y pasó, pero los recorridos de esa mujer hecha jirones continuaron. La habría podido dejar morir de hambre o de enfermedad, pero una cosa es ser codicioso y otra un asesino. Para ser un asesino se necesita cierto valor aun en los actos más cobardes; no había el menor asomo de valor en ese hombre, y nunca lo habría. Era probable que esa falta de valor fuera la razón por la cual sus naranjos nunca pudieron pasar de la opresiva mediocridad.

Cierto día, entre tantos, fue extraño desde el principio. Desatinado y de temperaturas encontradas, y con el volcán cercano sacando humo después de una larga inactividad. Pareciera que iba a erupcionar. El vecino no recordaba ya la última vez que ocurriese algo parecido, pues era todavía un niño la última vez que se dieron hechos similares. Maura no lo notaba dentro de su abstracción,

aun cuando, para ella, sí sería un hecho memorable. La ceniza en el cielo se mezclaba con nubes de vapor de agua. A ratos, algo de sol; lluvia que casi caía congelada; nubes de pájaros que se alejaban a toda prisa, con intenciones de nunca volver a su tierra querida. Pájaros en silencio melancólico.

Maura, por primera vez, salió a gritarle a su amado a plena luz del día. ¿Por qué no había esperado a que aterrizara la noche? El vecino se mostraba muy preocupado, al grado de que también por vez primera, decidió salir de su casa para cruzar el jardín y caminar hacia la cerca divisoria, en dirección a Maura. Quería cerciorarse de que todo estuviera en el rango de la “normalidad”. Brincó la cerca y, al poner pie en la propiedad de ella, vio a un hombre salir por detrás de los naranjos. Era un hombre delgado, de piel grisácea y mortecina. Apresuró el paso al mismo ritmo que se aceleraban los latidos de su corazón; un miedo creciente hasta los límites de la atrocidad le llenó el pecho, cerrándole la garganta. Cada paso que daba era más pesado.

Maura vio a su amado y comenzó a llorar descontrolada. Le pidió a gritos que se quedara con ella, que por favor no se la llevara de ahí. Quería tener a sus hijos y hacerlos crecer donde se habían conocido, donde ella había nacido y crecido. Ahora esa casa era de ellos y podían tener decenas de hijos, pues había habitaciones y dinero suficientes. Se vio envuelta por los brazos fuertes y delgados de su hombre; una sensación de suavidad fría dentro de ese amor que pareciera milenario.

El vecino, aún a cierta distancia, pudo ver a través de la transparencia del camión de Maura como el hombre la cargaba pegándola a su cuerpo, y luego la penetraba con violencia, mientras ella parecía derretirse de placer. Las manos masculinas que sostenían a la mujer por las nalgas tenían afiladas garras, que se clavaron en la carne dejando salir hilos de sangre cada vez más abundantes.

El líquido rojo y cálido contrastaba, en temperatura, con el ambiente y, más aún, con la frialdad de ese cuerpo masculino que no era del todo humano. Dado ese contraste, se liberaron sutiles vapores que despedían un olor nauseabundo. La sangre y el sudor hicieron que el camisón casi etéreo se adhiriera a la piel de Maura. El dolor para ella no existía más y todo era placer. El hombre la llenaba de besos en los hombros y lamía el cuello expuesto, con avidez.

A Maura no le importó que un pedazo de carne le fuera arrancado debajo de la oreja derecha, por un mordisco sin violencia. Ahora, el hombre bebía la sangre de Maura y tragaba su carne sin masticarla. Se la comía a pedazos cada vez más grandes, aunque ella no parecía notarlo, pues estaba por completo perdida en ese placer sexual.

El vecino no había detenido su acercamiento a la pareja, así que pudo asegurarse de que, en efecto, Maura moría ahí mismo frente sus narices, de puro amor. No fue de mucho consuelo el pensamiento de que su objetivo se cumpliría al morir ella antes, dejándolo como propietario de esa tierra y sus naranjos. El hombre gris lo miró a los ojos con sus pupilas rojo escarlata y aquella mirada penetró por su cerebro, bajando por las vértebras, hasta alojarse en su corazón, lo que le ocasionó un paro cardíaco fulminante.

Con un terrible dolor en el pecho y en el brazo izquierdo, el vecino se desplomó en el suelo, pero ya no sintió cómo la cabeza se le partía por el golpe al caer sobre la punta de una piedra. La última imagen que recibieron sus ojos fue la del hombre alejándose con el cuerpo inerte y mutilado de Maura; no escurría ni una gota más de sangre, pues se la había bebido por completo.

La gente habla, como siempre, y dice que el volcán no ha vuelto a soltar fumarolas desde aquel entonces, hace ya casi cien años. A pesar de que la casa fue demolida en ese mismo, tiempo nadie se ha atrevido a comer uno de los

frutos de esos naranjos que, de manera misteriosa, se mantienen vivos y radiantes, aun sin el cuidado de persona alguna. No hay ser que haya querido probarlos porque, a pesar de su seductor aroma, todos en su interior son completamente rojos.